

Papá dice sí, mamá dice no

A pesar de tener una buena relación de pareja, donde se compartan aficiones, gustos y un proyecto de futuro, no es difícil que aparezcan discrepancias o desacuerdos en la educación de los hijos, unas veces sobre cuestiones anecdóticas, pero otras, también, en temas más decisivos.

A menudo, estas diferencias aparecen durante los primeros meses de vida del hijo; su nacimiento supone el paso de ser pareja a ser padres e implica un cambio de roles y de transformaciones personales a los que hay que adaptarse. Otras veces, las divergencias surgen con la evolución de los hijos y se hacen más evidentes en la adolescencia.



Es natural que dos personas con diferentes personalidades e historias propias mantengan opiniones dispares, aunque las disputas suelen estar relacionadas con la mayor o menor permisividad ante ciertos comportamientos de los hijos.

La disensión se hace hoy más manifiesta puesto que los papeles parentales se han modificado y ambos comparten todos los aspectos de la relación con los hijos, lo que rompe, afortunadamente, la exclusividad que antiguamente mantenían las madres en muchas facetas de esta relación. Ahora, la educación de los hijos es cosa de dos y mantener ante algunas situaciones posturas incluso antagónicas no implica necesariamente que haya repercusiones negativas, siempre que el grado de estabilidad y coherencia permita un mínimo acuerdo en lo fundamental.

Por tanto, tener diferencias, ser distintos, no sólo es normal, sino deseable, y los niños pueden enriquecerse reconociéndolas y respetando la diversidad e independencia de criterios.

Para llevar bien las discrepancias:

- Son precisos el diálogo y la comunicación para mantener pautas educativas comunes, sin tratar de buscar quién tiene "la verdad".
- Conviene evitar que los desacuerdos de los pa-

adres repercutan en los hijos, ya que ellos necesitan sentir el respeto y el apoyo entre ambos.

- Aunque no se pueda ocultar esas diferencias, no conviene discutir delante de los niños ni involucrarlos en ellas.
- No hay que desautorizar ni poner en cuestión la opinión del otro, ya que de este modo sólo se consigue que los niños lo utilicen para aprovecharse de la situación y conseguir sus caprichos o sus exigencias.
- Es preciso mantener con firmeza los acuerdos o decisiones formales que se hayan tomado.
- Los niños valoran más la coherencia de cada uno de los padres que las diferencias de opinión.
- En caso de separación, los hijos necesitan saber que sus padres siguen estando de acuerdo en cuanto a su educación, y, aunque sea difícil cuando el amor se ha acabado, no hay que caer en la tentación de aliarse con el hijo para derrotar al cónyuge.

En cualquier caso, no se podrá evitar que los hijos conozcan las "debilidades" de uno y otro y sepan quién les explicará un cuento, quién será más fácil de convencer para ir a algún lugar o quién soportará mejor una rabieta. En este terreno, ellos siempre ganan.